

Presentación

LYDIA JIMÉNEZ

*Presidenta de la Fundación Universitaria Española
Directora del Seminario de pensamiento “Ángel González Álvarez”*

Me alegra presentar este número de *Cuadernos de pensamiento* dedicado a reflexionar sobre el humanismo y la técnica. En el número anterior, un monográfico sobre la mujer y el cambio social, algunos autores apuntaban a la necesidad de elaborar un nuevo humanismo, y advertían que de nosotros depende que el cambio social sea para mejor, pues no hay procesos históricos irreversibles. Ciertamente, el paradigma científico moderno está muy alejado del ideal del sabio que quiere conocer el mundo para interpretar también su vida, ahora se desea transformar el mundo para dominarlo según los propios intereses, según el lema técnico por excelencia *saber es poder*. Se abren al hombre nuevos caminos de experimentarse a sí mismo, fuera de la consideración de una tradición.

Como señalaba Julián Marías, el hombre contemporáneo, en vez de considerar la técnica un instrumento necesario, “tiende a adaptarse a la técnica y a renunciar a lo que no se ajusta a ella”¹. La misma visión técnica propugna una cierta política tecnócrata a modo de una ingeniería social que llega hasta nuestros días. La técnica responde a la idea de progreso lineal en el que cada

¹ Marías, J. (2005). *Razón de la filosofía*. Alianza Editorial. XVIII, pp. 235-236.

conquista sirve como fundamento y punto de partida para la siguiente; sin embargo, en el mundo del pensamiento el panorama es bien diferente. No hay un progreso lineal sino más bien un vaivén del pensar: existencialismo, neopositivismo, estructuralismo, neomarxismo, filosofía analítica, son otros tantos modos de pensar que ha ido naciendo y agonizando en la época posmoderna. La evolución técnica y la evolución intelectual, a pesar de la diferencia señalada, tiene en común un menosprecio de lo viejo. Se ha escrito con razón que a los hombres les ha acometido una extraña fiebre por cambiarlo todo. “Lo nuevo es siempre lo bueno y lo mejor”, es el rasgo distintivo de la modernidad.

El pensamiento técnico no aporta ningún principio de organización, sino de operación: “Todo lo que puede hacerse debe ser hecho”, así la ideología queda subordinada a cuestiones técnicas². La técnica decide qué es lo posible y correcto, la ideología se limita a escoger entre las posibilidades que ofrece la técnica. La noción de posibilidad no se refiere solo a la posibilidad tecnológica, sino que incluye también la posibilidad moral. Tal vez por eso la *paradoja de la decisión* es lo que más caracteriza nuestra época. Estamos sometidos a decisiones continuas que abarcan todos los ámbitos de la vida: profesión, relaciones afectivas, política, etc. Parece que nos encontramos ante un espacio de libertad, pero a la vez estamos obligados a decidir. La elección se convierte en una especie de necesidad, porque no podemos no elegir.

Cuando el problema de la elección consiste en decidir entre medios alternativos para alcanzar un fin determinado, recurrir a la razón técnica es de sí por suficiente, ¿qué debo *hacer* para obtener lo que quiero? Pero cuando la pregunta es: ¿qué es *bueno* que quiera?, es decir, cuando se trata de elegir entre fines distintos, entonces resulta irrenunciable disponer de un criterio de decisión basado en la categoría de los juicios de valor. Ningún progreso tecnológico podrá proporcionarnos el criterio de valor por el cual decidir nuestro plan de vida.

El mito tecnológico nos hace creer que el avance de los conocimientos técnico-científicos es suficiente para resolver todos los problemas de la elección. Por el contrario, sabemos que esa insidia conduce a un resultado cierto:

² Lorenz, K. (1998). *Decadencia de lo humano*. Plaza & Janés.

toda la existencia se vive sin objetivo y sin significado³. Los instrumentos técnicos, liberando al hombre de actividades repetitivas, pueden facilitar su actividad creadora. Pero, de hecho, los medios de comunicación social no parece que hagan al hombre más creativo, sino que más bien tienden a superficializarle, derramándole en una actitud pasiva frente a la abundancia de información sensible.

El verdadero y más grave peligro de este momento está, justamente, en el desequilibrio entre las posibilidades técnicas y la energía moral. De aquí emerge la gran responsabilidad que debemos asumir en este momento histórico. Ya en el siglo XIX, H.G. Wells había criticado la técnica, y Mary Shelley, en *Frankenstein* (o *The Modern Prometheus*, 1818), había tomado una actitud crítica ante el dominio cada vez más endiosado de la ciencia, pero fue Aldous Huxley, en su novela *Un mundo feliz* (1932), quien supo describir una sociedad del futuro dominada por la ciencia. En una época en la que la técnica ha roto todos los límites, los novelistas utópicos, Zamiatin⁴, Huxley, y Orwell, nos presentan como perspectiva posible un mundo futuro terriblemente infeliz, y ponen en evidencia la necesidad de preguntarnos hacia dónde vamos. Un hecho que subrayan estos novelistas es que, en una sociedad dominada por la técnica, lo que desaparece desde el principio es el amor y, por tanto, la posibilidad de reconocer a cada persona en su valor único e irrepetible.

Como señalaba Benedicto XVI en *Spe salvi*, n. 26: “No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor [...] El ser humano necesita un amor incondicionado [...] Si existe ese amor absoluto con su certeza absoluta, entonces —solo entonces— el hombre es redimido, suceda lo que suceda en su caso particular”. La seguridad que necesitamos no puede venir de la técnica, ni de la ciencia, sólo puede brotar de la fuerza moral del hombre.

³ Zamagni, S. (2012). *Por una economía del bien común*. Ciudad Nueva, p. 53.

⁴ El novelista ruso, Yevgueni Zamiatin, publicó la novela *Nosotros* (1920), prohibida en la URSS hasta 1988, es una de las primeras novelas distópicas, que inspiró, entre otras, la novela *1984* (publicada en 1949) de Orwell, que la leyó en su versión francesa, *Nous*. Ambientada en una sociedad futura, una ciudad de cristal, donde la vida transcurre sometida a la inflexible autoridad del Bienhechor (similar al Gran Hermano de *1984*, y Mustafa Mond de *Un mundo feliz*) los hombres-número trabajan siempre a la vista de todos, sin vida privada, el “yo” ha dejado lugar al “nosotros”.

La esperanza para la humanidad no se encuentra en la adquisición de capacidades técnicas sino en la capacidad de imaginación del espíritu humano y en la fuerza del amor del corazón humano. La tecnología pronto se queda anticuada. El único capital en el que se puede confiar para el futuro es el *hombre*, con sus posibilidades siempre nuevas.

Presentamos ahora el primer volumen que recoge nueve estudios de los mejores especialistas, y el segundo volumen se publicará en el siguiente número. Agradecemos a los autores que colaboran en este número sus espléndidos estudios.